

*res prolíficas que han tenido veinte hijos y no las ha visto nadie, ni aún la partera” (15).*

A mí, el pensamiento y el comportamiento de este hombre —permítanme llamarle así, para valorarle mejor— me parece avanzado, joven. Otro ejemplo es cómo entiende la manera de morir la gente. Y la expone con ironía: *“Uno de los derechos no sé si mencionado o no en la Constitución —esto lo dice en 1982, cuando contábamos ya con ella— pero abolido de hecho por acuerdo tácito de la sociedad actual, deseado y sentido por todo el mundo como aspiración suprema, era el de morir tranquilamente en su cama” (16)*

Ultimamente, en algunos países europeos, sobre todo en Francia, se ha puesto de moda, por así decirlo, el tema de la muerte, sobre la que han aparecido libros muy importantes, como dos de Philippe Ariés y uno de Edgar Morin. La manera a que se refiere Mazuecos era la muerte tradicional, la que vemos ejemplificada en la muerte del conde en los Cuadernos de Malte, de Rilke. Todos estaban presentes: representantes de todas las generaciones, el sacerdote, los criados, cuando los había, amigos, y hasta los perros. Era un espectáculo, que nadie quería perderse, empezando por el difunto. Ahora esto se ha perdido, con la tecnificación. Pero, al igual que existe una protesta ecológica y una reacción que es más que política, que “contesta” la vida entera, las formas actuales de vida, existe una conciencia de que la muerte, para ser lo que podríamos llamar más humana, tendría que ser como nos dice Mazuecos. Y esto lo dicen ya algunos médicos, quizá menos de los que puedan pensarlo, para no perder los clientes ni en el último momento.

Por los cuadernos, como por las obras de nuestros clásicos, salen todos. Don Rafael es como un nuevo Diablo Cojuelo que fuera destapando los tejados de las casas y mostrándonos las escenas diversas que ve en ellas. Porque ha tenido el puesto de observación, próximo, entrañable, privilegiado, del médico amigo, de confianza, que además es capaz de saber escuchar, saber ver y saber recoger todas esas experiencias.

El problema del agua, antes de que trajeran el ferrocarril. El pregonero. La Feria, fiesta grande, como todavía lo es (no me perdía una, al filo de los sesenta, cuando estaba instalada en el Arenal). Las “quinterías”. La afición taurina, y las corridas en la plaza. Los baños de Villafranca. Las bodegas. Y nos da antecedentes: *“La bodega, propiamente dicha, no existía en muchos sitios, sino que se aprovechaban los rincones de las casas para poner tinajas: dos o tres en el sótano o cueva, otras por el pasillo del corral si era ancho, alguna en el hueco de la escalera e incluso entre las cuadras” (17).*

La vida de los domingos: la “cansera” que daba ir arriba y abajo. Con *“tanta ilusión como se esperaban”...* terminaban por ser *“el día más cansado de la semana”*. Y no podían faltar los comerciantes y sus costumbres. Las buenas no vale la pena contarlas porque no son divertidas. Citaré, en cambio, la picardía que les llevaba a comprar todas las casas que quedaban libres en la Castelar, para que no les abriera establecimientos la competencia...

Salen todos: ricos y pobres, profesiones liberales, maestros, artesanos, labriegos, empleados, maquinistas y fogoneros de la estación... De este modo,